

Rodrigo Díaz Maldonado

*Manuel Orozco y Berra
o la historia como reconciliación
de los opuestos*

México

Universidad Nacional Autónoma de México,
Instituto de Investigaciones Históricas

2010

96 p.

(Serie Teoría e Historia de la Historiografía, 10)

ISBN 978-607-02-0849-2

Formato: PDF

Publicado en línea: 6 de abril de 2016

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/manuel/orozco.html>

DR © 2016, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510, México, Ciudad de México



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

Conclusiones

El presente trabajo tuvo como objetivo mostrar una nueva visión de la principal obra de uno de los más importantes historiadores mexicanos de finales del siglo pasado. La historiografía existente sobre don Manuel Orozco y Berra justifica por sí misma un trabajo de esta naturaleza. En mi opinión, el recorrido bibliográfico — que aquí se incluye como apéndice — muestra, salvo notables excepciones, una generalizada pobreza de análisis manifiesta en una cómoda posición acrítica, que consiste en la irreflexiva repetición de los juicios más trillados y en una lectura poco atenta que sólo busca lo que le conviene. Prueba de esto son las constantes contradicciones en que incurren casi todos los autores analizados. En realidad, sería verdaderamente agradable poder clasificar a un autor de positivista, idealista, darwinista o cualquier otro adjetivo similar, pues de este modo la historia del pensamiento se nos presentaría como una sucesión lógica y ordenada de corrientes y tendencias, sin relación entre sí, pero fácilmente organizables en fichas de trabajo. Sin embargo, esto simplemente no es posible — o por lo menos no debe hacerse — porque la realidad histórica siempre es mucho más compleja. Tal vez mi propio estudio esté equivocado, pero presenta una ventaja sobre los demás: fue realizado conscientemente al margen de la disputa de las corrientes historiográficas, que según se les ha venido utilizando, más que explicar, ocultan.

Fue básicamente esta consideración la que me llevó a buscar una forma alternativa de análisis historiográfico, misma que encontré en la obra de Hayden White. Los dos capítulos de mi trabajo se apoyan primordialmente en las teorías de este autor. No obstante, soy consciente de la multitud de problemas que aún existen alrededor de estas teorías, pues no sólo representan un nuevo tipo de análisis sino que plantean cuestionamientos de fondo acerca de la naturaleza misma del conocimiento histórico. En este sentido, nunca fue

mi intención poner fin a las discusiones, por lo que sólo se reflejan parcialmente en el presente trabajo, que constituye únicamente una primera aproximación tanto a la teoría como a su aplicación en la práctica del análisis historiográfico. Creo, pese a todo, que la perfecta concordancia que me pareció encontrar entre el juego de afinidades propuesto por White y la obra de Orozco y Berra representa aunque sea una pequeña aportación para convalidar la teoría, aplicada en este caso a un medio distinto de aquél para el cual fue originalmente pensada.

Los resultados del análisis aquí emprendido sobre la obra de Orozco y Berra revelaron una gran variedad de matices en un principio insospechados. En consecuencia, es posible afirmar que la *Historia antigua y de la conquista de México* constituye un modelo absolutamente coherente de reconstrucción y representación de la realidad, mucho más allá de una “gran síntesis”, una obra de consulta o, como alguien ha dicho, una obra plagada de ambigüedades.

La primera parte de este trabajo se centró en los aspectos epistemológicos de la obra de Orozco. El principal objetivo fue identificar los distintos elementos, pertenecientes a diversas corrientes historiográficas, que en ella confluyen. Pero, repito, mi análisis no se empujó con un fin clasificatorio. Nada más lejos de mi intención. Al mostrar que en la obra de Orozco es posible localizar elementos que tradicionalmente han sido suscritos al positivismo, al darwinismo, al idealismo o al romanticismo, se derrumba la posibilidad de las clasificaciones cerradas y excluyentes. Sin embargo, decir, por ejemplo, que Orozco fue un romántico que utilizó un lenguaje darwinista, o bien que “su método trata de ser científicista, refleja la formación de la escuela alemana a través de la escuela norteamericana, pero sin olvidar que la historia es un arte”,¹ en mi opinión, equivale a no decir nada.

Es por eso que preferí hablar de Orozco como de un organicista, pues si bien este término no sirve para designar una escuela o corriente, es por demás útil para definir y comprender el conjunto de operaciones cognitivas realizadas por un historiador específico en una o varias de sus obras. Orozco y Berra fue un historiador

¹ Alicia Huerta Castañeda, *Ideario y semblanzas históricas en la obra de Orozco y Berra*, tesis de maestría, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, 1962.

organicista, no porque se parezca a otros organicistas, aunque ciertamente así sea, ni porque ésa fuera la tendencia predominante de su tiempo sino porque su obra fue construida a partir de algunos de los presupuestos básicos del organicismo, hasta cierto punto de manera independiente y autorreferencial. Es decir, Orozco entiende la historia de los pueblos prehispánicos y de la conquista como componente sintético del gran drama de la historia universal, y a éstos como poseedores de las cualidades del todo y, al mismo tiempo, como partes integrantes del proceso.

Es esta visión del proceso histórico, aunada a un profundo optimismo, fe en la Providencia y nacionalismo, lo que llevó a Orozco a tramar su obra como una comedia. Probar este punto fue el objetivo del segundo capítulo. Ya hemos visto cómo Orozco resuelve todos los conflictos por medio de una postrera reconciliación, simbolizada en la inquebrantable marcha de la civilización, bajo cuya sombra se desvanecen todas las disputas. En el tramado de la obra también es posible ver cómo se manifiesta la argumentación organicista: el deseo de integrar lo particular en lo universal provoca que el gran drama (cómico) universal, el progreso indefinido y la eterna lucha de los opuestos, se repita hasta en los conflictos más nimios y terrenales. De esta manera, cualquier guerra, cualquier lucha y de hecho cualquier acontecimiento, adquieren las cualidades de lo universal. La conquista, con su trama aparentemente trágica y su resolución cómica, representa la cúspide de la integración, en este caso literal, de la historia de ambos mundos. El movimiento de la acción es típicamente cómico, pues pasa de un estado de paz aparente a la revelación de un conflicto y, finalmente, a su resolución por medio del establecimiento de un estado de cosas mejor.

Pero lo historia escrita por Orozco no es una historia de reconciliación en este único sentido. Orozco también pretende reconciliar ciencia y religión, por un lado, e hispanismo e indigenismo, por el otro. En los dos casos, la intención del autor fue la búsqueda de la objetividad. Ciertamente, Orozco no logró su deseo — pues la objetividad absoluta no existe —, pero de ninguna manera es desdeñable el peso de dicha intención en la argumentación de la obra y en la construcción de la trama. En relación al primero de estos aspectos, ya vimos en el capítulo I cómo Orozco reserva un lugar muy importante a la participación divina dentro de una explicación supuesta-

mente científica. Por su parte, la caracterización de los personajes, tratada en el capítulo II de este trabajo, y en consecuencia una buena parte de las expectativas propias de la trama, deben mucho a la forma en que Orozco reconcilió, por medio del reconocimiento de las virtudes de los protagonistas, las posturas hispanista e indigenista. Finalmente, en el último apartado de este trabajo, se mostró la existencia del trasfondo, irreductiblemente ideológico, presente en la obra de Orozco y Berra. Al quedar asentado, por medio de las pruebas que juzgué suficientes, que las implicaciones ideológicas de este autor responden a una visión del mundo básicamente conservadora, se hizo patente que las obras históricas no deben ser clasificadas en función de la participación en la vida política de sus autores, por lo menos no de manera directa. Todo lo anterior nos permite contemplar esta obra como un reflejo casi perfecto de su propia época, periodo complejo en ideas y acontecimientos. Surgida dentro de un medio intelectual muy maltratado, que por primera vez en setenta años contemplaba una posible salida a las cruentas guerras civiles y el arribo de la tan anhelada paz, no es de extrañar su constante búsqueda de reconciliaciones. La obra de Orozco es, en efecto, una gran síntesis, pero en un sentido mucho más profundo que el de un mero resumen. Es, al igual que la época que la vio nacer, la síntesis compleja de las tendencias opuestas de nuestra historia, probable contradicción, sí, pero contradicción necesaria.²

² Edmundo O’Gorman, *Historiología: teoría y práctica*, estudio introductorio y selección de Álvaro Matute, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Coordinación de Humanidades, 1999 (Biblioteca del Estudiante Universitario, 130), p. 113.